



JUAN 9

TOCADO O ¿TRANSFORMADO?

Viviendo el Milagro de Juan 9

TAMPA LIFE CHURCH · ESTUDIO BÍBLICO

CUANDO LA DISCUSIÓN SOBRE TI YA NO IMPORTA

JUAN 9:8-9 (RVR1960)

Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto que era ciego, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? Unos decían: El es; y otros: A él se parece. El decía: Yo soy.

Uno de los detalles más fascinantes de Juan 9 es que el milagro generó casi tanta confusión como la misma ceguera. Antes de que Jesús tocara a este hombre, todos sabían exactamente quién era. Era el mendigo ciego. Era el hombre que se sentaba junto al camino. Era el ejemplo que la gente usaba al hablar de sufrimiento, limitación y decepción. Su ceguera había quedado tan ligada a su identidad que nadie podía separar al hombre de la condición. No era simplemente un hombre que resultaba ser ciego; era el ciego. Este es uno de los peligros de vivir bajo una etiqueta demasiado tiempo. Con el tiempo, la etiqueta se vuelve más visible que la persona que la lleva.

Cuando Jesús entra en la historia, todo comienza a cambiar. El milagro hace más que abrir ojos ciegos; comienza a dismantelar una identidad construida a lo largo de toda una vida. De repente, las personas que creían conocerlo ya no están seguras. Algunos insisten en que es el mismo hombre. Otros argumentan que no puede serlo. Su rostro no ha cambiado. Su nombre no ha cambiado. Lo que cambió fue la evidencia de la obra de Dios en su vida. La transformación fue tan significativa que la gente ya no podía reconciliar lo que veían con lo que recordaban.

Esto revela una verdad importante sobre la transformación espiritual. Cuando Dios verdaderamente cambia a una persona, no simplemente la mejora; comienza a redefinirla. El mundo se siente cómodo cuando las personas permanecen dentro de los límites de las etiquetas que les fueron asignadas. Lo que inquieta a la gente es cuando Dios comienza a romper esas etiquetas. Los amargados se vuelven perdonadores. Los cautivos se vuelven libres. Los heridos comienzan a caminar en sanidad. La transformación crea una crisis de identidad en todos los que estaban apegados a la versión antigua de ti.

Lo que hace esto aún más notable es que, mientras la multitud debate sobre quién es él, el hombre mismo está completamente tranquilo. Ellos están confundidos, pero él no. Ellos están debatiendo, pero él no. Finalmente habla y simplemente dice: Yo soy. Aunque breve, esta declaración tiene un peso tremendo. Por primera vez en la narrativa, ya no se habla de él; él está hablando por sí mismo. El milagro le ha dado algo más que la vista. Le ha dado una voz.

Una de las primeras cosas que Dios restaura cuando transforma una vida es la identidad. El enemigo pasa años convenciendo a las personas de que están definidas por sus fracasos, heridas, decepciones y errores. Jesús ve a las personas de manera diferente. Satanás quiere nombrarte según lo que te ocurrió; Jesús te nombra según lo que Él está creando en ti. Por eso en las Escrituras Dios cambia nombres repetidamente. Abram se convierte en Abraham. Jacob se convierte en Israel. Simón se convierte en Pedro. Dios entiende que un nuevo futuro a menudo requiere una nueva comprensión de quién eres.

Los vecinos recordaban la ceguera del hombre más que él mismo. Este es a menudo el desafío que enfrenta todo creyente después de encontrarse con Jesús. Siempre habrá personas más comprometidas con tu pasado de lo que Dios lo está. Recuerdan los viejos hábitos, los viejos fracasos y las viejas heridas mientras Dios te llama hacia adelante. Si constantemente escuchas a personas que solo conocen tu historia, puede que nunca entres plenamente en tu destino.

Quizás la lección más grande de este pasaje es que la libertad no se encuentra cuando las personas dejan de hablar de ti. La gente hablaba de este hombre cuando era ciego y hablaba de él después de ser sanado. Las conversaciones nunca se detuvieron. La diferencia fue que, después de encontrarse con Jesús, esas conversaciones ya no tenían el poder de definirlo. La verdadera libertad no es cuando la crítica desaparece; es cuando la crítica pierde su autoridad. La verdadera paz es cuando la voz de Dios se vuelve tan clara que todas las demás voces se desvanecen. La multitud seguía hablando, pero el hombre finalmente había aprendido quién era. Una vez que Dios establece tu identidad, la discusión a tu alrededor ya no determina tu futuro.

La verdadera libertad no es cuando la crítica desaparece — es cuando la crítica pierde su autoridad.

REFLEXIONA

Piensa en una etiqueta que otros te han puesto. ¿Cómo un encuentro con Jesús, o una temporada de obediencia, ha cambiado tu capacidad de caminar libre de esa etiqueta?

SECCIÓN 2

DE SER UN TEMA A TENER UN TESTIMONIO

JUAN 9:24-25 (RVR1960)

Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Respondió él y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.

Hay un cambio notable a lo largo de Juan 9. Al comienzo del capítulo, el ciego es el sujeto de la conversación. Al final del capítulo, se convierte en el orador. En los primeros versículos, todos hablan de él. Los discípulos lo discuten. Los vecinos lo discuten. Los líderes religiosos lo discuten. Sin embargo, él dice casi nada. Está presente, pero no participa. Está siendo analizado, debatido y examinado, pero su voz está mayormente ausente de la conversación. Esto es lo que ocurre a menudo cuando las personas viven bajo el peso del quebrantamiento. El dolor tiene una manera de silenciar a las personas. La decepción puede robar la confianza. Las largas temporadas de lucha pueden convencer a una persona de que su perspectiva no importa.

Antes de que Jesús lo tocara, la vida de este hombre estaba definida por lo que otros decían de él. Los discípulos lo veían como una pregunta teológica. Los vecinos lo veían como un mendigo familiar. Los fariseos lo veían como un problema que amenazaba sus tradiciones. Todos tenían una opinión, pero muy pocos veían al hombre. Esta es una de las tácticas favoritas del enemigo. Si no puede destruir la vida de una persona, intentará silenciar su voz. Sabe que un creyente que descubre su testimonio se vuelve peligroso para el reino de las tinieblas.

Lo que hace este milagro tan poderoso es que Jesús no simplemente restauró la vista; restauró la importancia. El hombre que una vez se sentaba al borde del camino ahora está de pie ante autoridades religiosas y habla con una confianza que asombra a todos los que lo rodean. No tiene formación formal. No puede responder cada pregunta teológica. No entiende cada detalle de lo que ha ocurrido. Sin embargo, posee algo con lo que los fariseos no pueden discutir: experiencia personal.

Cuando los líderes religiosos comienzan a interrogarlo, intentan llevarlo a una discusión. Quieren que debata sobre doctrina. Quieren que explique el método. Quieren que defienda a Jesús. Sin embargo, el hombre se niega a distraerse con preguntas que no puede responder. En cambio, se ancla a la única verdad que nadie puede quitarle. Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.

Hay una sabiduría tremenda en esa declaración. El hombre entendía la diferencia entre lo que sabía y lo que no sabía. No pretendía tener respuestas que no tenía. No intentaba impresionar a nadie con conocimiento que no poseía. Simplemente testificó de lo que Jesús había hecho en su vida. A veces los creyentes pierden su efectividad porque pasan demasiado tiempo discutiendo sobre cosas que no saben en lugar de compartir lo que sí saben. El testimonio más poderoso nunca ha sido un argumento inteligente. El testimonio más poderoso es una vida transformada.

A lo largo de las Escrituras, Dios usa repetidamente a personas ordinarias cuya mayor calificación es su encuentro con Él. La mujer en el pozo no se graduó de una escuela rabínica, pero tenía un testimonio. El endemoniado gadareno no entendía cada misterio del reino, pero tenía un testimonio. Los mismos apóstoles fueron descritos como hombres sin letras ni instrucción, pero el mundo no podía negar que habían estado con Jesús. Un testimonio lleva una autoridad única porque nadie puede argumentar completamente contra la experiencia personal. Las personas pueden desafiar tu teología. Pueden cuestionar tus métodos. Pueden criticar tus convicciones. Pero no pueden honestamente negar lo que Dios ha hecho en tu vida.

Nota también que la confianza del hombre crece a medida que avanza el capítulo. Al principio se refiere a Jesús simplemente como el hombre que se llama Jesús. Más tarde lo llama profeta. Al final del capítulo lo adora como Señor. Esto revela otra hermosa verdad sobre el discipulado. La comprensión espiritual a menudo se desarrolla a través de la obediencia. El hombre no recibió toda la revelación de una vez. Su comprensión creció a medida que seguía respondiendo a lo que Dios estaba haciendo en su vida. A veces queremos comprensión completa antes de obedecer, pero Dios a menudo revela más de sí mismo después de que damos el próximo paso de fe.

Quizás la lección más grande de esta sección es que Dios nunca tuvo la intención de que permanecieras como tema de conversación. Tiene la intención de que te conviertas en un testimonio de su gracia. El ciego podría haber pasado su vida escuchando lo que otros decían de él. En cambio, se convirtió en testigo de lo que Dios había hecho por él. Todo creyente debe eventualmente hacer la misma elección. Podemos pasar nuestra vida permitiendo que otros definan nuestra historia, o podemos dejar que Dios escriba una nueva. En el momento en que comenzamos a declarar su obra en nuestras vidas, pasamos de ser el sujeto de la conversación a convertirnos en evidencia de su poder.

El milagro de Juan 9 nos recuerda que Dios no simplemente abre ojos; levanta testigos. No simplemente sana heridas; crea testimonios. No simplemente cambia circunstancias; transforma a personas en prueba viviente de que su gracia sigue obrando. Y cuando Dios le da a una persona un testimonio, ninguna multitud, ningún crítico y ningún fariseo puede quitárselo. Una cosa permanece cierta: Habiendo yo sido ciego, ahora veo.

No necesitas todas las respuestas. Solo necesitas un testimonio: Era ciego, y ahora veo.

REFLEXIONA

¿Cuál es la única cosa que sabes que Dios ha hecho en tu vida que nadie puede quitarte? ¿Con qué libertad estás compartiendo ese testimonio con las personas a tu alrededor?

SECCIÓN 3

LA DIFERENCIA ENTRE UN TOQUE Y UNA TRANSFORMACIÓN

JUAN 9:6-7 (RVR1960)

Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo.

Una de las verdades centrales de Juan 9 es que hay una diferencia entre ser tocado por Dios y ser transformado por Dios. Muchos leen esta historia enfocándose completamente en el momento en que Jesús puso barro sobre los ojos del hombre. Sin embargo, el milagro no estaba completo cuando el barro tocó su rostro. De hecho, en ese momento nada parecía haber cambiado. El hombre seguía siendo ciego. Todavía no podía ver. Si acaso, su condición parecía más complicada que antes. Ya no era simplemente ciego; era ciego con barro cubriéndole los ojos.

Aquí es donde muchos creyentes se desaniman. Esperamos que la obra de Dios sea inmediata, limpia y cómoda. Esperamos que cada oración produzca resultados instantáneos y que cada encuentro con Dios resuelva inmediatamente nuestras luchas. Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, Dios frecuentemente obra a través de un proceso. Abraham recibió una promesa pero esperó décadas para su cumplimiento. José recibió un sueño pero soportó años de traición y encarcelamiento antes de verlo cumplirse. David fue ungido rey mucho antes de sentarse alguna vez en un trono. Dios a menudo comienza una obra mucho antes de que otros puedan ver el resultado final.

El barro en los ojos del ciego era evidencia de que Jesús había comenzado algo. El milagro ya estaba en movimiento aunque el resultado aún no era visible. Hay temporadas en la vida de todo creyente cuando Dios ha comenzado a obrar, pero el resultado final aún no ha aparecido. Durante esos momentos, es tentador asumir que nada está sucediendo. Sin embargo, el cielo a menudo realiza su mayor obra en los lugares invisibles. El hecho de que aún no puedas ver el producto terminado no significa que Dios haya dejado de trabajar.

Lo que hace único este milagro es que Jesús pone la responsabilidad sobre el hombre. Después de aplicar el barro, Jesús da una orden: Ve, lávate. El milagro es iniciado por la gracia, pero se completa mediante la obediencia. El hombre no puede crear su propia sanidad. No puede sanarse a sí mismo. No puede fabricar un milagro. Pero puede obedecer. Este principio aparece a lo largo de las Escrituras. Dios partió el Jordán, pero los sacerdotes todavía tenían que entrar al agua. Dios derrumbó los muros de Jericó, pero Israel todavía tuvo que marchar. Jesús multiplicó los panes y los peces, pero los discípulos todavía tenían que distribuirlos. El poder divino y la obediencia humana frecuentemente trabajan juntos en el plan redentor de Dios.

Imagina por un momento cómo debió ser esa caminata. El hombre tiene barro en el rostro. Sigue sin poder ver. Probablemente escucha a personas susurrando a su alrededor. Algunos pudieron haberse reído. Otros pudieron haber dudado. Otros más pudieron haberse preguntado qué estaba haciendo Jesús. Sin embargo, a pesar de la incertidumbre, el hombre sigue caminando. Cada paso hacia el estanque de Siloé es un paso de fe. Cada paso declara que confía en Aquel que lo envió.

Aquí es donde muchas personas abandonan el proceso de transformación. Aman el toque pero resisten la caminata. Aman el altar pero resisten la obediencia que viene después. Aman el encuentro emocional pero resisten la rendición diaria que se requiere después. Sin embargo, la transformación rara vez se encuentra en un solo momento. La transformación se construye a través de miles de decisiones de obedecer a Dios un paso a la vez.

Uno de los malentendidos más grandes sobre la transformación es que las personas a menudo la confunden con hipocresía o actuación religiosa. Ven a un creyente hablando de manera diferente, actuando diferente o tomando decisiones diferentes, y asumen que esa persona simplemente está tratando de parecer espiritual. Pero la genuina transformación no se trata de ponerse una máscara; se trata de responder a un toque de Dios. No cambiamos nuestro hablar, nuestra conducta, nuestras prioridades o nuestro estilo de vida porque estemos fingiendo ser algo que no somos. Cambiamos porque hemos encontrado a Alguien que nos está cambiando desde adentro hacia afuera. Cada acto de obediencia se convierte en evidencia de que el toque sigue obrando. Cada apetito rendido, cada actitud renovada, cada conversación cambiada y cada decisión piadosa se convierte en prueba de que el Espíritu de Dios está formando activamente una nueva creación. La transformación no es hipocresía; es la evidencia visible de una obra invisible que Dios está realizando en nosotros.

No cambiamos para ser tocados por Dios; cambiamos porque hemos sido tocados por Dios. La salvación misma ilustra esta verdad. En el momento en que una persona se arrepiente, Dios realiza una obra milagrosa dentro de su corazón. Sin embargo, el crecimiento espiritual continúa mucho después de ese momento. Las viejas actitudes deben rendirse. Los viejos hábitos deben abandonarse. Los viejos patrones de pensamiento deben renovarse. El Espíritu comienza a moldear al creyente a la imagen de Cristo. Este proceso es lo que las Escrituras llaman santificación. La salvación puede ocurrir en un momento, pero la transformación se desarrolla a lo largo de toda una vida.

Quizás por eso el apóstol Pablo escribió en 2 Corintios 3:18 (RVR1960): Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen. Observa que Pablo no describe la transformación como un evento único. La describe como movimiento. De gloria en gloria. De un nivel a otro. De una temporada de crecimiento a la siguiente. Dios está continuamente formando a su pueblo. El mismo Dios que nos justifica también nos santifica. El mismo Dios que nos salva también nos cambia. El mismo Dios que nos toca también nos transforma.

La tragedia del cristianismo moderno es que muchas personas se conforman con un toque cuando Dios desea una transformación. Quieren una experiencia pero no una vida cambiada. Quieren inspiración sin rendición. Quieren consuelo sin convicción. Sin embargo, Jesús no puso barro en los ojos del hombre para que permaneciera igual. El toque nunca fue el destino. El toque fue el comienzo del viaje.

Para cuando el ciego llega al estanque de Siloé, se lava el barro y abre los ojos, ha ocurrido algo mucho más profundo que la sanidad física. Ha aprendido a confiar. Ha aprendido a obedecer. Ha aprendido a seguir. El milagro ya no es simplemente algo que Jesús hizo por él; se ha convertido en algo en lo que participó a través de la fe. Muchos creyentes se encuentran actualmente en algún lugar entre el barro y el milagro. El toque fue solo el comienzo. La transformación todavía está por delante.

No cambiamos para ser tocados por Dios — cambiamos porque hemos sido tocados por Dios.

REFLEXIONA

¿Hay algún área en tu vida donde Dios ha puesto el barro, donde ha comenzado algo pero el resultado aún no es visible? ¿Qué paso de obediencia te está pidiendo dar?

SECCIÓN 4

CIEGO CON BARRO O CAMINANDO HACIA LA LUZ

JUAN 9:6-7 (RVR1960)

Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé. Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo.

Uno de los detalles más pasados por alto en Juan 9 es que, después de que Jesús tocó al ciego, este seguía ciego. A menudo leemos la historia conociendo el resultado y olvidamos la tensión del momento. Antes del encuentro era ciego. Después del encuentro seguía siendo ciego. La diferencia era que ahora llevaba evidencia de que Jesús había comenzado a obrar en su vida. Piensa en lo inusual que debió parecer esto. Un hombre ciego cubierto de barro no es una imagen de sanidad. Para los que observaban, podría haber parecido que su condición había empeorado en lugar de mejorar. Sin embargo, lo que parecía un desastre era en realidad evidencia de que un milagro estaba en progreso. A veces la obra de Dios parece confusa antes de volverse clara.

Muchos creyentes luchan durante esta etapa de su camino espiritual. Asumimos que si Dios está obrando, todo debería tener sentido inmediatamente. Sin embargo, Dios a menudo obra en etapas. Hay temporadas en las que hemos recibido una promesa pero aún no hemos visto su cumplimiento. Sabemos que Dios está haciendo algo, pero todavía no podemos explicar qué es. Como el ciego, estamos caminando con barro en el rostro.

Aquí es donde la fe se vuelve esencial. La fe no es creer después de que ocurre el milagro. La fe es seguir caminando mientras el barro sigue en tu rostro. Es confiar en Dios cuando aún no puedes ver el resultado. Cualquiera puede celebrar después del avance. La verdadera prueba de la fe ocurre entre el toque y la transformación.

Lo que hace notable esta historia es que el hombre nunca discute con el proceso. Nunca cuestiona por qué Jesús usó barro. Nunca exige una explicación. Simplemente obedece. A veces la obediencia no requiere comprensión; simplemente requiere confianza. A lo largo de las Escrituras, Dios frecuentemente le pide a las personas que se muevan antes de entender completamente lo que Él está haciendo. Noé construyó antes de que lloviera. Abraham partió antes de saber a dónde iba. Naamán se sumergió antes de ser sanado. En cada caso, la obediencia precedió a la comprensión.

Uno de los mayores peligros durante la transformación es desanimarse por la obra inacabada. Muchas personas se enfocan en lo que Dios no ha completado en lugar de celebrar lo que ya ha comenzado. Ven el barro y asumen que algo está mal. Sin embargo, la presencia del barro no significaba que el milagro había fallado. La presencia del barro significaba que el milagro había comenzado. Filipenses 1:6 nos recuerda: Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. El mismo Dios que comienza el proceso es el Dios que lo termina.

El ciego siguió caminando antes de tener prueba. Cada paso hacia Siloé fue un acto de confianza en el carácter de Jesús. Confiaba en Aquel que lo había enviado más de lo que confiaba en lo que podía ver. Esa es la esencia del discipulado. El discipulado no es simplemente creer que Jesús puede realizar milagros; es seguir siguiéndole mientras el milagro todavía se está desarrollando.

A veces la mayor evidencia de la fe es negarse a detenerse mientras el proceso está inacabado. El ciego nos enseña que la obra inacabada de Dios nunca debe confundirse con la obra abandonada de Dios. Si Jesús ha tocado tu vida, sigue avanzando. El mismo Dios que puso el barro en tus ojos es el Dios que tiene la intención de abrirlos. Lo que hoy se siente como un retraso puede ser simplemente el camino hacia el milagro de mañana.

La presencia del barro no significaba que el milagro había fallado. Significaba que el milagro había comenzado.

REFLEXIONA

¿Dónde estás en tu camino ahora mismo: todavía en el toque, caminando hacia el estanque, o en el momento de la vista? ¿Qué significa la fe para ti en esta temporada?

SECCIÓN 5

LA CULPA NO PUEDE LLEVARTE DONDE LA OBEDIENCIA DEBE LLEVARTE

JUAN 9:1-3 (RVR1960)

Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él.

Juan 9 comienza con una pregunta sobre la culpa. Antes de que nadie hable de sanidad, fe, obediencia o milagros, los discípulos quieren saber de quién es la culpa. Ven a un hombre ciego e inmediatamente comienzan a buscar a alguien a quien responsabilizar. ¿Fue su pecado? ¿Fue el pecado de sus padres? ¿Quién causó esto? ¿Quién merece la culpa? Los discípulos hacían la misma pregunta que la gente todavía hace hoy. Cada vez que el dolor entra en nuestras vidas, naturalmente buscamos una explicación. La búsqueda de culpa a menudo parece más fácil que la búsqueda de sanidad, porque la culpa nos da una explicación mientras que la sanidad requiere un viaje.

Lo notable es que Jesús se niega a participar en la discusión. No niega que el pecado existe. No ignora la realidad del sufrimiento. En cambio, redirige su atención lejos de la causa y hacia el propósito. Los discípulos miran hacia atrás. Jesús mira hacia adelante. Ellos están enfocados en lo que ocurrió. Jesús está enfocado en lo que Dios está a punto de hacer.

Muchas personas quedan atrapadas en la intersección del dolor y la culpa. Pasan años repasando conversaciones antiguas, revisitando heridas antiguas y reviviendo decepciones antiguas. Saben exactamente quién los lastimó, quién los traicionó, quién los abandonó o quién falló. Si bien algunas de esas heridas son muy reales, mirar constantemente hacia atrás puede impedir que una persona avance. El ciego podría haber pasado su vida buscando a alguien a quien culpar, pero la culpa nunca habría abierto sus ojos.

Esto no significa que cada herida sea imaginaria o que cada dolor deba ignorarse. Hay cosas que le suceden a las personas que son genuinamente injustas. Algunas heridas no fueron autoinfligidas. Algunas traiciones fueron reales. Algunas pérdidas fueron devastadoras. Jesús nunca le pidió al ciego que fingiera que la ceguera era agradable o que el sufrimiento era insignificante. Sin embargo, hay una diferencia entre reconocer lo que ocurrió y permitir que defina el resto de tu vida.

El peligro de la culpa es que puede convertirse en un sustituto de la responsabilidad. Si todo es culpa de alguien más, entonces no tengo razón para cambiar. Si mi futuro completo está controlado por lo que alguien me hizo, entonces nunca tengo que asumir la responsabilidad de lo que Dios me está pidiendo que haga a continuación. La culpa se convierte en un lugar cómodo para sentarse porque elimina la presión de avanzar.

Por eso Jesús inmediatamente cambia la conversación de la culpa a la obediencia. No pasa tiempo investigando el pasado. Hace barro, lo pone en los ojos del hombre y dice: Ve, lávate. Jesús se niega a permitir que el futuro del hombre sea determinado por la pregunta que todos los demás están haciendo. En lugar de darle una explicación, le da una dirección. Así es como Dios frecuentemente obra en nuestras vidas. Queremos respuestas, pero Dios nos da instrucciones. Queremos explicaciones, pero Dios nos da el próximo paso.

El ciego nunca recibe una explicación de su ceguera. Las Escrituras nunca nos dicen por qué nació de esa manera. En cambio, recibe algo mayor. Recibe un encuentro con Jesús. A veces la respuesta de Dios no es una explicación. A veces su respuesta es su presencia. La hermosa verdad de esta historia es que Jesús no permitió que el dolor del hombre se convirtiera en el capítulo final de su vida. La culpa puede explicar dónde has estado, pero no puede llevarte a donde Dios quiere que vayas.

La culpa puede identificar un problema, pero solo la obediencia puede llevar a un milagro.

REFLEXIONA

¿Hay algo de tu pasado, una herida, una decepción, alguien que te falló, que se ha convertido en una excusa para quedarte estancado? ¿Cómo sería dejar de preguntar por qué y comenzar a preguntar qué te está pidiendo Dios que hagas ahora?

CAMINANDO EN LO QUE DIOS COMENZÓ

JUAN 9:7 (RVR1960)

y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo.

Una de las verdades más poderosas de Juan 9 es que Jesús no cargó al ciego hacia el estanque. Podría haberlo hecho. Aquel que creó el universo ciertamente podría haber transportado a un hombre ciego unos pocos cientos de metros. Podría haberlo sanado instantáneamente. Podría haber dicho una palabra y completado el milagro en ese mismo lugar. En cambio, Jesús eligió involucrar al hombre en el proceso. Lo tocó, le dio una orden y luego lo dejó caminar. Esto revela un principio importante sobre el crecimiento espiritual. Dios a menudo hace por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos, pero no hará por nosotros lo que Él nos ha llamado a hacer en obediencia.

Muchos creyentes están esperando que Dios haga cosas que Dios está esperando que ellos hagan. Están orando por una fe más fuerte mientras descuidan la oración. Están pidiendo una revelación más profunda mientras descuidan las Escrituras. Están pidiendo a Dios que transforme sus vidas mientras resisten los mismos actos de obediencia que producen transformación. Dios no está reteniendo el milagro. A menudo, Él está esperando que demos el próximo paso.

Observa el orden de los eventos. Jesús no dijo: Cuando puedas ver, ve a lavarte. Dijo: Ve a lavarte, y entonces verás. La obediencia vino antes de la comprensión. La acción vino antes de la evidencia. El hombre fue llamado a confiar en la palabra de Dios antes de experimentar la promesa de Dios. Nuestra cultura a menudo enseña lo contrario. Queremos claridad completa antes del compromiso. Queremos garantías antes de la obediencia. Queremos certeza antes de la rendición. Sin embargo, el Reino de Dios opera de manera diferente. Dios a menudo revela el próximo paso sin revelar todo el viaje.

Imagina la caminata del ciego hacia Siloé. Cada paso requería confianza. Cada paso requería rendición. Cada paso requería que creyera que Jesús decía la verdad. El milagro no estaba ocurriendo solo en el estanque. El milagro estaba ocurriendo con cada paso que daba hacia él. La fe estaba creciendo. La confianza estaba creciendo. La dependencia en Dios estaba creciendo. Mucho antes de que sus ojos se abrieran, algo ya estaba cambiando dentro de él.

Demasiadas personas quieren el milagro sin el movimiento. Quieren que Dios cambie sus vidas mientras permanecen donde están. Pero el ciego nos enseña que la obediencia a menudo requiere movimiento. Jesús dijo: Ve. El hombre podría haberse quedado donde estaba. Podría haber cuestionado la orden. Podría haber exigido un método diferente. En cambio, se movió. Hay una lección profunda oculta en el nombre del mismo estanque. Juan nos dice que Siloé significa Enviado. El hombre fue enviado al estanque llamado Enviado por Aquel que lo había enviado. Esta es una imagen del discipulado. El milagro estaba conectado a la misión. La sanidad estaba conectada al envío.

Muchos creyentes aman la idea de ser bendecidos por Dios, pero el discipulado se trata de más que la bendición. Se trata de obediencia. Jesús nunca llamó a las personas simplemente a admirarlo. Las llamó a seguirlo. Seguir siempre requiere movimiento. Seguir siempre requiere rendición. Seguir siempre requiere confianza. El milagro de Juan 9 nos recuerda que la obediencia no es una carga; es un camino. Cada orden de Dios es una invitación a algo mayor. Cada paso de fe nos acerca más a ver lo que Dios ha estado preparando todo el tiempo.

El ciego llegó al estanque porque siguió caminando. Recibió su vista porque obedeció. El milagro lo esperaba al otro lado de su respuesta. El mismo principio sigue siendo verdad hoy. Dios sigue tocando vidas, sigue hablando y sigue llamando a las personas hacia adelante. La pregunta no es si Dios ha hablado. La pregunta es si caminaremos en lo que Él ha comenzado. Porque los milagros más grandes no se encuentran en momentos de inspiración. Se encuentran en vidas que siguen caminando en obediencia mucho después de que el momento ha pasado.

Dios no está reteniendo el milagro. Está esperando que des el próximo paso.

REFLEXIONA

¿Cuál es un paso específico de obediencia al que Dios te ha llamado y que has estado retrasando? ¿Cómo sería caminar hacia tu estanque de Siloé esta semana?

SECCIÓN 7

IRRECONOCIBLE DESPUÉS DE JESÚS

JUAN 9:8-9 (RVR1960)

Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto que era ciego, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? Unos decían: El es; y otros: A él se parece. El decía: Yo soy.

Uno de los resultados más notables del milagro en Juan 9 no es que el ciego pudiera ver. El resultado más notable es que las personas tenían dificultades para reconocerlo. Los vecinos lo miraban y comenzaban a discutir entre sí. La transformación fue tan significativa que creó confusión entre quienes lo habían conocido más tiempo. Esto revela algo importante sobre el propósito de Dios en nuestras vidas. El objetivo de Dios no es simplemente mejorarnos. Su objetivo es transformarnos. La mejora modifica el comportamiento. La transformación cambia la identidad. La mejora ajusta los hábitos. La transformación cambia los corazones.

Con demasiada frecuencia, los creyentes se conforman con convertirse en una versión ligeramente mejor de quienes solían ser. Quieren suficiente de Dios para sentirse mejor pero no suficiente de Dios para volverse diferentes. Sin embargo, a lo largo de las Escrituras, Dios se especializa en hacer que las personas sean irreconocibles respecto a su antigua vida. Saulo el perseguidor se convierte en Pablo el apóstol. Simón el inestable pescador se convierte en Pedro el predicador de Pentecostés. Zaqueo el deshonesto cobrador de impuestos se convierte en un hombre de restitución y generosidad. Cuando Dios toma posesión de una vida, no simplemente la renueva; la recrea. Como Pablo escribió en 2 Corintios 5:17 (RVR1960): De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

Por eso la vida cristiana no puede medirse simplemente por experiencias espirituales. Una persona puede tener momentos poderosos en la presencia de Dios, pero la verdadera pregunta es si esos momentos están produciendo transformación. La evidencia de la obra de Dios no se encuentra solo en lo que ocurre en el altar. Se encuentra en lo que ocurre después. La transformación debe ser visible en cómo respondemos a la presión. Debe ser visible en cómo tratamos a las personas. Debe ser visible en nuestras conversaciones, nuestras prioridades, nuestras actitudes y nuestras decisiones. Una persona que genuinamente ha encontrado a Dios no puede permanecer sin cambios. El toque de Dios siempre deja evidencia.

Esto no significa que los creyentes se vuelvan perfectos de la noche a la mañana. El ciego no entendió todo inmediatamente. Todavía estaba aprendiendo. Todavía estaba creciendo. La transformación es un proceso. Sin embargo, incluso mientras el proceso continúa, debe haber evidencia visible de que Dios está obrando. La dirección de nuestras vidas debe estar cambiando. Nuestros deseos deben estar cambiando. Nuestros valores deben estar cambiando. La versión antigua de nosotros debe perder gradualmente su influencia.

Una de las declaraciones más hermosas sobre esta verdad es que las personas que mejor nos conocen deberían ser las más sorprendidas por lo que Dios está haciendo en nosotros. Imagina a un cónyuge diciendo: Nunca antes los había visto orar así. Imagina a los hijos diciendo: Papá nunca había liderado nuestra familia así antes. Imagina a los compañeros de trabajo diciendo: Esa persona ya no reacciona como solía hacerlo. Estas son las clases de transformaciones que se convierten en testimonios vivientes de la gracia de Dios.

Los vecinos del ciego no podían negar que algo había ocurrido. Pudieron debatir los detalles, pero no podían negar la evidencia que estaba frente a ellos. Este es el deseo de Dios para todo creyente. No que nos volvamos famosos. No que nos volvamos impresionantes. Sino que nuestras vidas se conviertan en evidencia innegable de su poder transformador. El objetivo del milagro nunca fue simplemente eliminar la ceguera. El objetivo fue crear un seguidor cuya vida apuntara a otros hacia Jesús.

Esa es la verdadera medida de la transformación. No es que la gente recuerde quién solías ser. Es que quién solías ser ya no controla en quién te estás convirtiendo. La antigua ira ya no te gobierna. La antigua amargura ya no te define. Los antiguos miedos ya no dirigen tus decisiones. Cuando Dios termina su obra, las personas aún pueden recordar tu pasado, pero ya no podrán usarlo para explicar tu presente. Los vecinos miraron al ciego y preguntaron: ¿No es éste? Esa pregunta es el testimonio de toda vida transformada.

La verdadera medida de la transformación: quién solías ser ya no controla en quién te estás convirtiendo.

REFLEXIONA

¿En qué área de tu vida debería ser más evidente la transformación de Dios para las personas que te conocen? ¿Es esa evidencia visible? ¿Cuál es una forma en que puedes mostrar ese cambio con más valentía?

SECCIÓN 8

EL MILAGRO NUNCA FUE SOBRE LA VISTA

JUAN 9:35-38 (RVR1960)

Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró.

Si no tenemos cuidado, malentenderemos todo el propósito de Juan 9. Podemos volvernos tan enfocados en la sanidad que perdamos el destino del milagro. La historia comienza con la ceguera, pero no termina con la vista. La historia comienza con un problema físico, pero termina con adoración. El mayor milagro del capítulo no es que un hombre ciego abrió los ojos. El mayor milagro es que un hombre llegó a reconocer quién verdaderamente era Jesús.

Esto se vuelve evidente cuando llegamos al final del capítulo. Después de la sanidad, los vecinos lo interrogan. Los fariseos lo interrogan. Sus padres se distancian de él. Eventualmente, es expulsado de la sinagoga. Humanamente hablando, parece que el milagro ha complicado su vida en lugar de mejorarla. Ahora puede ver, pero ha perdido la aceptación. Ahora puede ver, pero ha sido rechazado por el establecimiento religioso. Sin embargo, es precisamente aquí donde ocurre uno de los momentos más hermosos de todo el Evangelio. La Biblia dice: Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole. Esas palabras deberían alentar a todo creyente. Jesús no abandonó al hombre después del milagro.

Esto revela algo importante sobre el carácter de Dios. Jesús no solo está presente cuando comienza una obra en nuestras vidas; permanece presente mientras esa obra se desarrolla. Hay temporadas en las que la obediencia nos cuesta relaciones. Hay temporadas en las que seguir a Dios crea malentendidos. Hay temporadas en las que defender la verdad causa rechazo. Sin embargo, el mismo Dios que nos llamó al viaje promete caminar con nosotros a través de él.

Cuando Jesús pregunta: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? El hombre responde: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Esta pregunta revela el hambre de un corazón sincero. No está resistiendo la verdad; la está buscando. Entonces Jesús habla palabras que debieron haber sacudido el alma del hombre: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Imagina ese momento. El primer rostro que este hombre vio alguna vez pudo haber sido el rostro de Aquel que lo sanó. De repente todo encaja. El barro tiene sentido. El viaje tiene sentido. La sanidad tiene sentido. El rechazo tiene sentido.

Inmediatamente el hombre responde: Creo, Señor. Luego las Escrituras registran una acción final: Y le adoró. Ese es el destino del milagro. No la vista. No la aceptación. Ni siquiera la sanidad. La adoración. Es por eso que Jesús lo tocó en primer lugar. El objetivo nunca fue simplemente crear un hombre que pudiera ver. El objetivo era crear un adorador. A lo largo de las Escrituras, Dios siempre ha buscado adoradores. Los milagros son maravillosos, pero los milagros no son el objetivo final. Las bendiciones son maravillosas, pero las bendiciones no son el objetivo final. El objetivo final es que las personas lo conozcan, lo amen, confíen en Él y lo adoren.

Aquí es donde muchas personas se detienen demasiado pronto. Buscan a Dios por lo que puede hacer pero nunca lo persiguen por quién es. Celebran la bendición pero nunca desarrollan la relación. Disfrutan el milagro pero nunca se convierten en discípulos. Sin embargo, el ciego nos enseña que la mayor respuesta a la obra de Dios es la adoración. Al comienzo de Juan 9, el hombre casi nada sabía sobre Jesús. Al final del capítulo está arrodillado ante Él en adoración. El capítulo abre con un mendigo ciego sentado junto a un camino. Cierra con un adorador arrodillado ante el Hijo de Dios. Ese era el milagro todo el tiempo.

Jesús no simplemente quería abrir sus ojos. Jesús quería ganar su corazón.

REFLEXIONA

¿Has buscado a Dios alguna vez más por lo que podría hacer por ti que por quién es Él? ¿Cómo el camino del ciego desde un hombre llamado Jesús hasta Creo, Señor te desafía a buscar una relación más profunda con Cristo?

LIBERTAD ES CUANDO SUS PALABRAS DEJAN DE CONTROLARTE

JUAN 9:24-25 (RVR1960)

Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Respondió él y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.

Una de las lecciones más poderosas de Juan 9 tiene muy poco que ver con la ceguera y todo que ver con la libertad. La mayoría de las personas asume que la libertad llega cuando desaparece la oposición, cuando se detiene la crítica o cuando todos finalmente los entienden. Sin embargo, la historia del ciego enseña algo completamente diferente. Las personas a su alrededor nunca dejaron de hablar. Antes del milagro, hablaban de su ceguera. Después del milagro, hablaban de su transformación. La conversación nunca se detuvo. El milagro no silenció a la multitud.

Esto es importante porque muchos creyentes gastan enormes cantidades de energía tratando de controlar lo que otras personas piensan de ellos. Quieren que todos entiendan sus motivos. Quieren que todos aprueben sus decisiones. Quieren que todos estén de acuerdo con sus convicciones. Sin embargo, el ciego descubrió algo que todo discípulo maduro debe eventualmente aprender: la paz no se encuentra cuando las personas dejan de hablar. La paz se encuentra cuando sus palabras pierden el poder de controlarte.

Los fariseos intentaron repetidamente atraer al hombre de regreso a su narrativa. Lo cuestionaron. Lo presionaron. Lo desafiaron. Querían que dudara de lo que Dios había hecho. Querían que sometiera su experiencia a su opinión. Sin embargo, cuanto más lo cuestionaban, más fuerte parecía volverse él. ¿Por qué? Porque había encontrado algo mayor que su crítica. Una vez que una persona ha experimentado verdaderamente el poder de Dios, las opiniones de los hombres comienzan a perder su autoridad.

Una de las mayores formas de esclavitud es vivir para la aprobación de los demás. Es posible ser físicamente libre mientras se permanece emocionalmente prisionero de lo que la gente piensa. Algunas personas pasan toda su vida ajustando su comportamiento para ganar aceptación. Temen el rechazo. Temen la crítica. Temen decepcionar a los demás. Como resultado, nunca llegan a ser completamente quienes Dios les ha llamado a ser. El ciego llegó a un punto en el que dejó de intentar ganar el argumento y simplemente permaneció en la realidad de lo que Dios había hecho.

La verdad es que las personas a menudo tendrán algo que decir sin importar lo que hagas. Hablaban del hombre cuando era ciego. Hablaban de él cuando podía ver. Por eso la libertad no puede construirse sobre las reacciones de otras personas. Si tu paz depende de la aprobación de todos, tu paz siempre será frágil. La verdadera libertad no es cuando desaparece la crítica. La verdadera libertad es cuando la crítica pierde su autoridad. Es cuando las voces a tu alrededor se vuelven menos influyentes que la voz de Dios dentro de ti. La multitud nunca cambió. El hombre cambió. Por eso era libre.

Muchas personas pasan años orando por circunstancias diferentes cuando lo que verdaderamente necesitan es una perspectiva diferente. Quieren que Dios silencie a cada crítico, elimine cada desafío y haga callar cada voz opositora. Sin embargo, Dios a menudo elige un milagro mayor. En lugar de cambiar a la multitud, cambia al creyente. En lugar de eliminar a cada crítico, establece una confianza más profunda. En lugar de silenciar cada voz, nos enseña cómo reconocer la única voz que finalmente importa.

Al final de Juan 9, el ciego ya no vivía bajo la autoridad de etiquetas, opiniones o acusaciones. Vivía bajo la autoridad de la obra de Dios en su vida. Eso es libertad. No cuando las personas dejan de hablar. No cuando desaparece la crítica. No cuando todos están de acuerdo con tu camino. La libertad es cuando sus palabras dejan de controlarte. Y una vez que Dios establece tu identidad, ninguna multitud puede determinar tu futuro.

La libertad no es cuando las personas dejan de hablar. La libertad es cuando sus palabras dejan de controlarte.

REFLEXIONA

¿Qué voz tiene demasiada autoridad en tu vida ahora mismo, un crítico, un fracaso pasado, una comparación? ¿Cómo puedes anclar tu identidad más firmemente en lo que Dios dice de ti?

SECCIÓN 10

EL MISMO DIOS QUE LO SANÓ LO SOSTUVO

JUAN 9:35 (RVR1960)

Oyó Jesús que le habían expulsado; y hallándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?

Una de las verdades más hermosas de Juan 9 es que Jesús no había terminado con el ciego cuando el milagro terminó. En muchos sentidos, la sanidad fue solo el comienzo. A menudo leemos la historia y asumimos que el final feliz ocurrió en el estanque de Siloé cuando los ojos del hombre se abrieron. Sin embargo, el capítulo continúa porque el destino real nunca fue la vista física. El destino real fue la relación con Cristo.

Después del milagro, el hombre enfrentó un desafío tras otro. Sus vecinos lo cuestionaron. Los fariseos lo interrogaron. Su testimonio fue dudado. Sus padres se distanciaron de la controversia. Eventualmente, fue expulsado de la sinagoga por completo. El mismo milagro que debería haber sido celebrado se convirtió en la razón por la que fue rechazado. Esta es una lección importante para todo creyente porque la obediencia no siempre hace la vida más fácil. A veces la obediencia hace la vida más complicada antes de hacerla más clara.

Lo que hace este pasaje tan poderoso es que Jesús sabía exactamente lo que había ocurrido. La Biblia dice: Oyó Jesús que le habían expulsado. Nada escapó a su atención. El rechazo no le fue ocultado. La soledad no le fue ocultada. Luego Juan registra una de las frases más reconfortantes de todo el capítulo: Y hallándole. Jesús lo encontró cuando era ciego. Jesús lo encontró cuando fue rechazado. Jesús lo encontró antes del milagro. Jesús lo encontró después del milagro. El mismo Dios que lo sanó estaba suficientemente comprometido para sostenerlo.

Muchas personas creen que Dios las encontrará en su quebrantamiento, pero luchan para creer que permanecerá con ellas en el proceso. Creen que las salvará, pero tienen menos certeza de que las sostendrá. Sin embargo, Juan 9 revela un Salvador que hace ambas cosas. Jesús no simplemente inicia el viaje; camina con nosotros a través de él. El patrón de Dios siempre ha sido el mismo. No simplemente llama a Abraham; camina con él. No simplemente libera a Israel de Egipto; los guía a través del desierto. Termina lo que comienza. Como Pablo escribió en Filipenses 1:6 (RVR1960): El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.

Esta es una de las realidades más pasadas por alto del discipulado. Las mayores revelaciones de Dios a menudo vienen después de temporadas de obediencia. El hombre conocía a Jesús como sanador antes de conocerlo como Señor. Lo conocía como hacedor de milagros antes de conocerlo como el Hijo de Dios. Su comprensión se profundizó porque siguió siguiendo después del milagro. Muchos creyentes buscan a Dios solo cuando necesitan algo. Sin embargo, la historia del ciego nos enseña que el objetivo final de Dios no es simplemente resolver nuestros problemas. Su objetivo es revelarse a sí mismo.

Lo que hace esta sección tan conmovedora es que Jesús viene a buscarlo. El hombre no está buscando a Jesús. Jesús lo está buscando a él. Una vez más, la gracia toma la iniciativa. Así como Jesús lo buscó en su ceguera, ahora lo busca en su soledad. Esta es la naturaleza del amor de Dios. Él busca a las personas. Se mueve hacia ellas. Las encuentra en lugares donde otros las han abandonado.

El ciego perdió la sinagoga, pero ganó una revelación más profunda de Jesús. Perdió la aprobación de los líderes religiosos, pero ganó la presencia del Hijo de Dios. Perdió la aceptación de los hombres, pero ganó una relación con Cristo. Lo que parecía una pérdida era en realidad una ganancia mayor. Porque cuando Jesús se convierte en tu recompensa, ningún sacrificio es en vano. El milagro nunca fue simplemente sobre ver. Fue sobre conocer a Aquel que lo hizo ver. Y el mismo Dios que lo sanó se negó a marcharse hasta que esa lección fue completa.

El mismo Dios que te encontró en tu ceguera te encontrará en tu rechazo.

REFLEXIONA

**¿Seguir a Jesús te ha costado alguna vez algo, una amistad, una oportunidad, la aceptación en un grupo?
¿Cómo cambia tu respuesta a ese costo saber que Jesús te busca activamente en esos momentos de rechazo?**

DE MENDIGO CIEGO A ADORADOR

JUAN 9:38 (RVR1960)

Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró.

Cuando damos un paso atrás y contemplamos todo el capítulo, queda claro que Juan 9 es una de las imágenes más hermosas del discipulado en todas las Escrituras. Lo que comienza como una historia sobre la ceguera termina como una historia sobre la adoración. Lo que comienza como una discusión sobre el sufrimiento termina como un testimonio de transformación. Lo que comienza con un hombre sentado junto a un camino termina con un hombre arrodillado ante el Hijo de Dios.

Al comienzo del capítulo, el hombre está ciego. Al final, ve. Al comienzo, mendiga. Al final, cree. Al comienzo, la gente habla de él. Al final, él habla de Jesús. Al comienzo, es identificado por su condición. Al final, es identificado por su relación con Cristo. Esta progresión no es accidental. Es el patrón del Evangelio.

Jesús lo encontró. Jesús lo tocó. Jesús lo envió. Jesús lo transformó. Jesús lo encontró de nuevo. Jesús se reveló. Jesús recibió su adoración. Ese es el camino de todo discípulo. El ciego nunca pidió un debate teológico. Nunca pidió convertirse en el centro de la controversia. Simplemente obedeció la próxima instrucción que Jesús le dio. Paso a paso, esa obediencia lo llevó a una revelación más profunda.

Quizás esa es una de las lecciones más grandes de Juan 9. La transformación no se logra de una sola vez. El hombre no entendió todo cuando Jesús lo tocó por primera vez. Al principio Jesús era simplemente un hombre llamado Jesús. Luego se convirtió en un profeta. Finalmente se convirtió en Señor. A medida que creció la obediencia del hombre, también creció su revelación. Lo mismo ocurre en nuestras vidas. Dios rara vez revela todo de una vez. Nos guía un paso a la vez. Un acto de obediencia abre la puerta al siguiente. Una temporada de fidelidad nos prepara para una comprensión más profunda.

Por eso la vida cristiana no puede reducirse a una sola experiencia. La salvación no es la línea de llegada; es el punto de partida. El toque no es el destino; es la invitación. Dios no simplemente salva a las personas de algo. Las salva para algo. Las salva para la relación. Las salva para el discipulado. Las salva para la adoración. La mayor evidencia de la obra de Dios en nuestras vidas no es que hemos experimentado un milagro. Es que nos hemos vuelto personas diferentes a causa de él.

El capítulo cierra con un adorador de pie ante el Salvador que cambió su vida. El hombre que una vez se sentaba indefenso junto a un camino ahora está en la presencia de Cristo declarando: Creo, Señor. Ahí es donde todo milagro está destinado a llevarnos. No simplemente a la gratitud. No simplemente a la bendición. No simplemente al testimonio. Sino a la adoración. Porque el mayor milagro de Juan 9 no fue que un hombre ciego recibió la vista. El mayor milagro fue que un hombre ciego encontró a Jesús, siguió a Jesús y finalmente adoró a Jesús. Y ese sigue siendo el mayor milagro que Dios realiza hoy.

El objetivo nunca fue simplemente la vista. El objetivo fue el seguimiento. El objetivo fue la adoración. El objetivo fue revelar a Cristo.

REFLEXIONA

Al terminar este estudio, ¿dónde estás en este camino? ¿Tocado pero aún no transformado? ¿Caminando hacia el estanque? ¿Apenas llegando a la adoración? Escribe una oración de respuesta a lo que Dios te ha estado diciendo.
